

Literatura e identidad nacional en Puerto Rico (1930-1960)

por Carolina Sancholuz
(Universidad Nacional de La Plata)

RESUMEN

“Literatura e identidad nacional en Puerto Rico (1930-1960)” procura indagar los problemas de construcción de las identidades nacionales en una nación que no llegó a constituirse como Estado independiente. Partimos de esta “paradoja” para analizar lo que Arcadio Díaz Quiñones ha caracterizado como definición “culturalista” de la nacionalidad, que permite la coexistencia con la situación de dominación colonial que padece Puerto Rico. La definición de la “nación” se liga así al poder de la escritura y a los paradigmas que manejan los letrados, y no puede verse como expresión de una realidad previamente constituida al margen de los discursos que la articulan. El presente artículo revisa tres momentos claves de emergencia y consolidación de la identidad puertorriqueña como discurso, en el periodo comprendido entre la década del treinta de nuestro siglo y los años sesenta, deteniéndose especialmente en tres ensayos: *Insularismo (1934)* de Antonio S. Pedreira; *El despertar de un pueblo (1942)* de Vicente Géigel Polanco; y *El puertorriqueño dócil: literatura y realidad psicológica (1960)* de René Marqués. Finalmente señalamos también los quiebres y nuevas propuestas de definición de la nacionalidad que se gestan en las producciones literarias a partir de los años setenta.

La literatura nuestra —y esto lo digo sin la menor intención de restar mérito a su calidad— constituye una variación constante sobre el mismo tema obsesivo: la sinfonía de la identidad nacional con sus vertientes melódicas de la lucha antiimperialista y la lucha de clases.

Ana Lydia Vega¹

Puerto Rico, en el heterogéneo mapa cultural latinoamericano, y especialmente caribeño, constituye un lugar de complejas construcciones de identidades. La experiencia colonial española hasta fines del siglo pasado, si bien dominante no es homogénea, ya que hay una fuerte presencia de culturas africanas, a la que se suman las inmigraciones de corsos, franceses, catalanes e ingleses del siglo XIX, y, a partir de 1898, la dominación norteamericana. Esta última, reforzada desde 1952 con la creación del Estado Libre Asociado (ELA), consolidación de la doble ciudadanía, las dos lenguas y las dos banderas, provoca fuertes emigraciones, principalmente a Nueva York, e instaura la necesidad de crear nuevas descripciones de la identidad y de la territorialidad.

¿Puede construirse una identidad nacional en una nación sin Estado? En este caso, ¿qué papel juegan la cultura y específicamente los discursos literarios? Las preguntas apuntan a relacionar una serie de conceptos como cultura, identidad, nación, Estado, que, en el contexto particular de Puerto Rico continuamente se problematizan. Los estudios culturales contemporáneos conciben estos conceptos como históricamente constituidos, imaginados y reinventados. En el caso de los procesos de formación nacional se observa que además de la delimitación de un territorio, las naciones se consolidan a partir de la conformación de una lengua y una literatura nacionales. Se establece una homología imaginada entre nación y lengua que se repite en el nivel del imaginario en la homología entre nación y cultura. Pero, ¿qué sucede en una nación que nunca llega a consolidarse como Estado independiente? ¿Es posible pensar una “ficción fundacional”² desde un

¹ Ana Lydia Vega, “Sálvese quien pueda. La censura tiene auto”. *El Mundo*, (Suplemento “Puerto Rico Ilustrado”), 1 de diciembre de 1988, p. 20.

² Doris Sommer, *Foundational Fictions. The National Romances in Latin America*, Berkeley, University of California Press, 1993.

espacio colonizado? Según Arcadio Díaz Quiñones,³ en el caso especial de los discursos literarios puertorriqueños, empezó a cobrar fuerza una definición “culturalista” de la nacionalidad que podía coexistir con la situación de dominación colonial que vivía el país. Esto es, la definición de la nación como una “cultura”, al margen de la creación de un Estado independiente en el ámbito específico de la política. Sin embargo, la construcción imaginaria de la identidad nacional mediante la fundación de espacios legitimadores de la autoridad literaria, a través de la escritura (poética, histórica, ensayística, novelística), demuestra la necesidad política de producir un espacio, a partir del cual imaginar una conciencia de la nacionalidad, un sujeto nacional, institucionalizar una literatura nacional. Desde esta perspectiva coincido con Díaz Quiñones,⁴ para quien la definición de la “nación” está ligada al poder de la escritura y a los paradigmas que manejan los letrados, y por consiguiente, no puede verse como “expresión” de una realidad previamente constituida al margen de los discursos que la articulan. Analizar esta cuestión implica la necesidad de revisar las principales construcciones culturalistas de la nación que dibujan el mapa de una literatura “nacional” de Puerto Rico, especialmente en la etapa comprendida entre la década del treinta y los años sesenta, período de consolidación de la “identidad puertorriqueña” como discurso.

1. Los intelectuales de la Generación del Treinta y la fundación de una escritura de lo nacional

Al recorrer la literatura puertorriqueña, incorporando sus discursos históricos y culturales, analizando las utopías sociales en los textos literarios, el uso de la historia, la construcción de tradiciones, las rupturas, el tejido de relaciones dinámicas entre textos y contextos, nos encontramos con un tópico recurrente, no exento de algunas complejidades y contradicciones: un proyecto de definición de la identidad nacional puertorriqueña. La pregunta acerca de la identidad y de la nacionalidad opera en el contexto socio-político y en el sistema de valores culturales e ideológicos de una élite que luchó infructuosamente por mantener la hegemonía de los hacendados criollos después de la invasión norteamericana de 1898. Desde los primeros años de nuestro siglo la literatura va adquiriendo en Puerto Rico una importancia fundamental en la elaboración de una cultura “patriótica”. Un ejemplo claro lo constituye el poeta Luis Llórens Torres, cuya obra tuvo una gran influencia en las primeras tres décadas del siglo XX, particularmente durante los años veinte, que fueron los de mayor actividad creadora del escritor, quien fue celebrado y coronado como “poeta nacional”. En sus textos Puerto Rico aparece mitificada como la *isla afortunada*, la *Antilla* de los descubridores, el *edén*. La construcción de un espacio mítico de la isla fue una operación literaria para contrarrestar la realidad degradante que suponía la invasión norteamericana. La expansión imperialista que no pudo ser combatida por los hacendados criollos, inició procesos económicos, sociales y culturales que cambiaron radicalmente la sociedad puertorriqueña de entonces. Es a partir de la llamada “Generación del 30” que se institucionaliza la retórica del nacionalismo cultural, a través de una elaboración minuciosa de las imágenes de la crisis que promovía la nueva situación colonial, pero también de las imágenes de las utopías, en libros como *Insularismo* (1934), de Antonio S. Pedreira, el *Prontuario histórico* (1935) de Tomás Blanco, en la revista *índice* (1929-1931), órgano de difusión ideológica y cultural de los treintistas.

“¿Cómo somos?... ¿qué somos? los puertorriqueños globalmente considerados”⁵ son las preguntas con las cuales se inicia *Insularismo*, el ensayo de Antonio S. Pedreira, texto fundante del nacionalismo cultural puertorriqueño. La pérdida de la hegemonía de los hacendados decimonónicos a raíz de la invasión norteamericana está en el origen del tema obsesivo de sus herederos directos, los integrantes de la Generación del 30: la búsqueda de la identidad nacional. De la colonia española y de la lucha por el autonomismo, se pasaba rápidamente al ambivalente 1898, al “cambio de soberanía” y al imperio del adversario: la dominación de las corporaciones azucareras

³ Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1993, p. 65.

⁴ Arcadio Díaz Quiñones, *Cintio Vitier: la memoria integradora*, San Juan, Editorial Sin Nombre, 1987, p. 58.

⁵ Antonio S. Pedreira, *Insularismo, Obras I*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970. Todas las citas corresponden a esta edición.

ausentistas. Unas palabras de Pedreira nos recuerdan que la constitución de todo canon literario es a la vez una actividad literaria y una estrategia política: “¿Cómo puede nacer fuerte y original una cultura que jamás logró cuajar sus inquietudes jurídicas en un Estado propio?”⁶ Si bien no pueden dirigir el país, los treintistas, mediante su literatura y su crítica, compensan la pérdida de la hegemonía que se produce a partir de la invasión del 98. Las obras literarias que crearon e impusieron en una sociedad colonial han hecho las veces de una constitución nacional; han compensado la inexistencia de un Estado nacional independiente. Escriben lo que Arcadio Díaz Quiñones caracteriza como el “gran relato totalizante de fundación de una nacionalidad”.⁷ Tener una identidad equivale a ser parte de una nación, territorio espacialmente delimitado, y que, como lo señala el título del ensayo de Pedreira, coincide con el espacio insular. En segunda instancia, compartir una lengua homogéneamente fijada, el español, ante la amenazadora presencia del inglés. Y por último, la creación de un mito identitario, el jíbaro, campesino blanco en la idealizada vida de la hacienda azucarera, anterior a la modernización industrializadora norteamericana.

Si bien las teorizaciones acerca de nacionalismo y literatura, tales como las de Doris Sommer o Benedict Anderson tienden a privilegiar las novelas por su condición Activa en un sentido estricto como ejemplos de construcciones imaginarias de las nacionalidades, sus reflexiones, sin embargo, no están necesariamente atadas a determinados rasgos genéricos. Los emblemas, parábolas, metáforas, tópicos, alegorías, puntos de vista, focalizaciones, permiten estudiar modelos retóricos que trascienden los convencionalismos rígidos de los géneros literarios. En el caso de los intelectuales del treinta, el género privilegiado es el ensayo de interpretación histórica, como un modelo discursivo totalizante. Por otra parte los ensayos están impregnados de metáforas totalizadoras, de definiciones de la identidad puertorriqueña empeñadas en conjurar cualquier atisbo de dispersión, de fragmentación, intentando delinear un consenso, una cohesión, mediante una retórica particular.

En *Insularismo* la “comunidad imaginada”⁸ de la nación puertorriqueña se construye como una alianza horizontal determinada por un discurso que se presenta a sí mismo como autoritario y masculino. La “voz autorial” o “seminal” del ensayo traza el esquema de una cultura nacional marcadamente paternalista, que incorpora al pueblo pero siempre en su condición de subordinado o inferior; reafirma el prejuicio racial, ya que excluye a negros, mestizos y mulatos (para Pedreira los males del país tenían su origen en la mezcla racial) y niega la participación de las mujeres en los procesos culturales. No es casual que en este discurso “magisterial” se ataque a la mujer que es maestra. Las importantes victorias del movimiento de mujeres de las primeras décadas de nuestro siglo —apertura del sistema escolar a ambos sexos, creación de la Escuela Normal en la Universidad de Puerto Rico, el acceso al magisterio, el sufragio femenino en 1932— debilitan su fuerza contestataria ante la embestida nacionalista de los treintistas. El carácter arbitrario y ficticio de este discurso de unidad brinda una identidad empobrecida en definiciones totalitarias, basadas en persistentes exclusiones. La definición de identidad fundada por estos intelectuales se mantiene largo tiempo en el imaginario puertorriqueño, aunque con fisuras que la cuestionan desde los comienzos mismos de su instauración. Pienso en la poesía negra de Luis Palés Matos, que en su divergencia fragmenta la pretendida homogeneidad de esta comunidad imaginada, y, posteriormente, en el quiebre impuesto, por la feroz política modernizadora del Estado Libre Asociado al fomentar la masiva emigración puertorriqueña. También está el valioso aporte de importantes intelectuales y escritoras —Julia de Burgos, Nilita Vientos— que produjeron su obra al margen del canon patriarcal vigente.

Insularismo suele leerse como un ensayo de interpretación de la historia de Puerto Rico y se constituye como uno de los clásicos de la literatura puertorriqueña, ya que en las décadas del

⁶ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., p. 103.

⁷ Arcadio Díaz Quiñones. *La memoria rota*, Op. Cit., p. 28.

⁸ Tomo el concepto de “comunidad imaginada” del libro de Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993 (1ª edición en español).

cuarenta, cincuenta y sesenta no se interpretó como un acontecimiento discursivo con una retórica y unos procedimientos literarios específicos, es decir como una *escritura*, sino como una especie de *logos* o voz fundadora de una “verdad” acerca de la nacionalidad puertorriqueña. De hecho, fue lectura obligatoria en la mayoría de las escuelas superiores de Puerto Rico, y a lo largo del tiempo una importante cantidad de obras lo citan, incorporan o reescriben de alguna forma.⁹ Desde una lectura que privilegie los aspectos retóricos y textuales del ensayo de Pedreira observamos un empleo del lenguaje figurado basado en el uso de metáforas. La más reconocida es la que equipara a Puerto Rico con una gran familia, imagen que sigue modos consabidos en el marco de la ensayística y literatura latinoamericanas, como una metáfora que borrona las diferencias y tensiones raciales, de clase, culturales, regionales, subrayando una armonía artificial. La comparación del país con una gran familia vertebró la construcción de un discurso conciliador. El ámbito de las relaciones familiares se convierte en un lugar primordial y privilegiado para cimentar una comunidad. Lo nacional y lo familiar se superponen y, por lo tanto, la familia es emblema de la nación. En *Insularismo* la metáfora familiar se correlaciona con el tópico de la búsqueda de una figura paterna simbólica, presente en épocas pasadas, pero ausente en el aquí y ahora de la escritura del ensayo: “Los hombres de mi generación hemos buscado inútilmente un hombre superior a nuestras luchas intestinas, a cuya sombra acogedora y pura pudiéramos oír con claridad la voz de nuestro mito. A cada rato, en que la avaricia política nos pelotea sin videncia, esta generación en tela de juicio vuelve los ojos hacia el vacío que han debido llenar los equivalentes de Hostos, de Giner, de Rodó, de Varona, forjadores de pueblos y de conciencias”.¹⁰ La ausencia del “padre”, del prócer, de la figura rectora y conductora, se relaciona de manera directa con otra imagen; fundamental en *Insularismo*: la infantilización del país. Pedreira compara los primeros tres siglos de la historia de Puerto Rico con un “período de lactancia”; el siglo XIX es el momento en que el país “niño” comienza a gatear: “Desde la falda de la nación descubridora hicimos las primeras gracias. Luego empezamos a gatear y a recibir golpes; al empezar el siglo XIX dimos, con marcada dificultad, los primeros pasos en el campo de la cultura”.¹¹ El lenguaje connotativo usado por el autor apela también a la retórica organicista: el país, como un niño, debe cumplir determinadas etapas de su desarrollo y crecimiento para alcanzar la adultez.¹² Pero esta última etapa, en la visión de Pedreira, no llega a plasmarse satisfactoriamente por la interrupción, el “trauma” o “síncope” con el cual se alude y se nombra a la invasión norteamericana de 1898. Una vez más, el autor apela a una red metafórica cuya imagen central es la enfermedad. En un ensayo ya clásico sobre la retórica de la enfermedad, Susan Sontag observa que “las metáforas patológicas siempre han servido para reforzar los cargos que se le hacen a la sociedad por su corrupción o injusticia”.¹³ Así el país puede pensarse como un cuerpo enfermo, y sus males sociales como enfermedades, que necesitan curaciones radicales. En *Insularismo* la enfermedad se “nacionaliza” y el mal que aqueja a Puerto Rico es el colonialismo. Se representa al país como un cuerpo enfermo, caracterizado con una serie de notas negativas: es un país raquítico, anémico, agotado, abúlico, paralítico, invertebrado. La patología metafórica está unida al determinismo biológico de que se sirve el autor para presentar la formación histórica de Puerto Rico, donde se advierte una verdadera fobia a la mezcla y la heterogeneidad racial. La apelación al lenguaje “médico”, que puede diagnosticar la presunta enfermedad nacional, revela la existencia de un discurso, de un espacio ideológico y textual desde el cual enuncia un tipo de escritor que se posiciona como padre o como médico figurado. Para reforzar su

⁹ Tres textos principales que reescriben a *Insularismo* son: *El despertar de un pueblo*, (1942) de Vicente Géigel Polanco; *El puertorriqueño dócil*, (1960) de René Marqués, y el breve ensayo de Luis Rafael Sánchez, “La generación O sea”, publicado en 1972.

¹⁰ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., p. 166.

¹¹ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., p. 136.

¹² La representación del país como un niño reproduce acriticamente la creación de una subjetividad oprimida, relacionada con la mentalidad del colonizado. Albert Memmi, en su libro *The Colonizer and the Colonized*, describe al sujeto colonizado como producto de la mirada del colonizador, quien lo ve como “vago”, “infantil” y “pluralizado” (Boston, Beacon Press, 1991. sobre todo la sección “Mythical Portrait of the Colonized”). Versión en castellano, en Ediciones de la Flor.

¹³ Susan Sontag. *La enfermedad y sus metáforas y El sida y sus metáforas*, Madrid, Taurus, 1996, p. 73.

conquista paternal y magisterial, Pedreira considera un “país-niño”, sin rumbo, lo que sugiere la necesidad de personas esclarecidas, que deseen y puedan *guiar* al país. Es la juventud letrada, quien vendría a reemplazar a “los hombres de mi generación”. A esa juventud se le confía una importante misión: “esclarecer nuestros altos menesteres”. Teniendo en cuenta las épocas históricas y los personajes que en ellas intervienen, el texto se escinde en dos tiempos: por un lado, un pasado y un presente marcados por la confusión, enfermedad, infantilismo e incertidumbres, y por otro, un futuro utópico, en el cual se espera que la juventud supere las luchas intestinas que han retardado el crecimiento del país-niño. Esa juventud habrá de “inyectar sanidad, sangre nueva, optimismo y alegría en el cuerpo desgastado de la sociedad”.¹⁴

En el ensayo de Pedreira el empeño integrador de su autor se manifiesta en los intentos de sistematizar y preservar la continuidad entre un pasado ligado a las tradiciones hispánicas —que en ningún momento son cuestionadas como legados coloniales—, frente a la fragmentación y dispersión que presupone el nuevo colonialismo norteamericano: “Intentamos recoger los elementos dispersos que laten en el fondo de nuestra cultura, y sorprenden los puntos culminantes de nuestra psicología colectiva. (...) La dificultad sube de un punto cuando se intenta, como en este caso, definir un conjunto de seres que todavía no ha podido delinear a gusto su vida colectiva”.¹⁵ La ensayística parece erigirse como la escritura ordenadora por excelencia, al ofrecer una relación sistematizada de la experiencia social, filtrada y autorizada desde la reflexión intelectual.

En el capítulo llamado “Alarde y expresión”, Pedreira asume el lugar del crítico literario y traza el itinerario de las obras representativas de la literatura puertorriqueña. Una vez más, el autor acude a la metafóricidad patológica para describir la “larga pulmonía poética” por la que atraviesan las letras; alerta a los jóvenes escritores contra los peligros de la sensibilidad exacerbada que solo conduce a “momentos enfermizos cargados de idiotez”; respecto a las estéticas foráneas advierte acerca de los riesgos de “la transfusión de glóbulos blancos” (es decir, “importar” estéticas que debiliten las “esencias” de una literatura propia). La genealogía literaria que construye Pedreira comienza en el siglo XIX, más precisamente con la publicación en 1849 del poema *El Gíbaro*, de Manuel Alonso, en el cual aparece la primera mitificación del campesino blanco, figura emblemática nacional para los treintistas: “Salvando las distancias, *El Gíbaro*, es nuestro *Poema del Cid* y nuestro *Martín Fierro*. Si por su *forma* sigue tenazmente amarrado a la literatura española, por su *esencia* y sus fervores pertenece por entero a la cultura puertorriqueña”.¹⁶

Otros autores rescatados para formar parte de la tradición literaria nacional son Manuel Zeno Gandía, quien en su novela *La charca* inaugura la retórica de la enfermedad, al presentar la anemia como imagen del estancamiento colonial en las comunidades rurales, y la figura del poeta Luis Llórens Torres. El movimiento poético vanguardista de los atalayistas se excluye del canon, como así también la producción literaria femenina: “Esa cosa que por ahí llaman atalayismo tiene para mí un profundo sentido experimental que solo irrita a los espíritus asustadizos”.¹⁷ Pedreira insta una narración que pretende institucionalizar la literatura nacional (“¿Por qué no ha de tener su base una literatura puertorriqueña?” se pregunta en la pág. 67), a la vez que reconstruir la nacionalidad a través de los discursos literarios, postulando la esencial armonía de la “puertorriqueñidad”.

En *Insularismo* el autor reelabora una nueva versión de la famosa oposición civilización/barbarie, para reemplazarla por la sutil dicotomía civilización/cultura. De lado de la civilización coloca el innegable progreso alcanzado en la isla a raíz de los efectos modernizadores norteamericanos, como la industrialización incipiente, la tecnologización agraria, la expansión comercial, etc. Sin embargo, los avances “civilizadores” suponen también su faz negativa: el detrimento de la cultura, que según la definición de Pedreira, implica “el repertorio de condiciones que dan tono a los sucesos, y cauces a la vida de los pueblos; esa peculiar reacción ante las cosas

¹⁴ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., p. 170.

¹⁵ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., pp. 25-26.

¹⁶ Antonio S. Pedreira. *Insularismo*, Op. Cit., p. 59 (la cursiva es mía).

¹⁷ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., p. 66.

—maneras de entender y de crear— que diferencia en grupos nacionales a la humanidad”.¹⁸ Para el escritor la civilización es horizontal, mientras que la cultura es vertical, espacializando jerárquicamente dos áreas, y, por supuesto, los miembros que representan a cada una: “...diría hoy que somos más civilizados, pero ayer éramos más cultos”, escribe con nostalgia en la página 88. Bajo la apariencia de una paradoja, la reflexión del autor pone en escena algunas cuestiones claramente delineadas por José Luis González en su libro *El país de cuatro pisos*.¹⁹ Para González el mayor desencanto que sufrieron los terratenientes criollos sobrevino cuando la nueva metrópoli dejó claro que la invasión no implicaba una directa anexión a los Estados Unidos, como tampoco la participación de la clase propietaria puertorriqueña en la economía capitalista norteamericana, sino la subordinación colonial a esa economía, que implicaba la ruina de la clase hacendada insular. Paralelamente se dio una mayor participación de la clase trabajadora en la vida política del país. La “civilización” horizontalizaba (democratizaba relativamente), pero la cultura “letrada” pretendía seguir siendo un bastión de la vieja élite conservadora. Según el análisis de Pedreira la crisis cultural se manifiesta en dos instituciones principales: la escuela y la lengua. Cuando Puerto Rico pasa a ser colonia de los Estados Unidos, comienza una campaña oficial dirigida a asimilar la isla a la órbita cultural norteamericana, procesó al que se denominó el “American way of life”. En 1917 se impuso unilateralmente la ciudadanía norteamericana a todos los puertorriqueños. En las instituciones educativas se implantó la enseñanza del inglés como lengua obligatoria, medida que recién fue erradicada a mediados de nuestro siglo. Mediante la imagen de la “nave al garete”, el ensayista intenta representar la situación de “medianía” que aqueja al puertorriqueño, un estado de transición y desorientación al situarse en medio de dos culturas, dos lenguas, dos banderas: “¿Adónde vamos? ¿Cuál ha de ser el status definitivo de la isla? ¿Estado federal? ¿República independiente? ¿Autonomía con protectorado?”.²⁰ Pedreira siempre enuncia desde la perspectiva de quien diagnostica, sin explicitar posibles salidas y estrategias políticas viables. Su compromiso se infiere desde el campo de las elecciones culturales, como notamos en forma clara en su directa adhesión a la hispanofilia, expresada en la defensa del castellano. El bilingüismo también se puede leer como una metáfora, en este caso de la inestabilidad y fluctuaciones históricas de un pueblo, y sus consecuencias se enuncian, una vez más, desde el campo semántico de la enfermedad: “El empobrecimiento de la lengua materna degenera en *gangosa tartamudez*, y al cabo de los años las consecuencias tienen que ser fatales para nuestra cultura”.²¹

En el ensayo de Pedreira, la construcción de una identidad nacional puertorriqueña, se expresa como la forma de superar la fragmentación y la dispersión a través de un discurso integrador, empeñado en sistematizar y preservar la continuidad, arraigado en los valores fundacionales de la historiografía nacionalista: unidad territorial, lingüística, homogeneidad étnica, consenso social, legitimación de tradiciones culturales y literarias, metáforas totalizantes. Se postula así una esencial armonía de la identidad, la “puertorriqueñidad”, que minimiza las diferencias internas históricas, sociales, culturales, étnicas, de género.

2. Después de *Insularismo*: ¿continuidad o quiebre? Literatura puertorriqueña y nacionalismo en las décadas del cuarenta y cincuenta

A principios de la década del cuarenta, los dirigentes del recién creado Partido Popular Democrático, agrupación que dirigió y lideró Luis Muñoz Marín por casi treinta años, llevaron a cabo una apropiación particular del texto de Pedreira, que llegó a desempeñar un papel importante en la configuración del programa político de dicha agrupación. Jorge Rodríguez Beruff, en su análisis acerca de la vinculación entre Pedreira y el populismo, señala: “En *Insularismo*, Pedreira identifica el enemigo contra el que debe insurgir el proyecto reformista: el capital azucarero absentista y la economía agroexportadora, la americanización y el bilingüismo, y la subordinación

¹⁸ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., p. 28.

¹⁹ José Luis González, *El país de cuatro pisos y otros ensayos*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982, p. 27.

²⁰ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., pp. 89-90.

²¹ Antonio S. Pedreira, *Insularismo*, Op. Cit., p. 90.

política colonial. El surgimiento de una conciencia nacional es precondition para la constitución del “pueblo” como agente social capaz de enfrentar al imperialismo y transformar el país. En términos de clase, el “pueblo” se vertebraba a partir de una alianza entre la “juventud letrada” (principalmente la nueva intelectualidad universitaria) y el campesinado criollo (concepto elástico que en algunos momentos se define como campesino de pequeña tenencia y en otros como el conjunto del pueblo).²² Observa atinadamente Juan Gelpí²³ que, si bien el locus de enunciación de *Insularismo* es el sector letrado, el ensayo interpreta, sin embargo, la configuración del pueblo puertorriqueño como una gran familia, o, una alianza de clases, estrategia política fundamental del populismo. Por otra parte, la nostalgia por la aparición de un líder carismático (el padre figurado), será “interpretado por los dirigentes del populismo como una especie de prefiguración del rol que ocupará en el partido Luis Muñoz Marín, quien en sus “discursos mesiánicos”²⁴ compone la historia política de Puerto Rico como un relato totalizante. Para mejor comprender la continuidad retórica e ideológica de *Insularismo* durante la década del cuarenta hay que revisar un texto que representa de manera directa la colectividad política del Partido Popular Democrático. Se trata de la colección de discursos y ensayos publicada en 1942 por Vicente Géigel Polanco, llamada *El despertar de un pueblo*.²⁵ Este autor trabajó junto con Pedreira en varios proyectos literarios, siendo el más significativo la publicación de la revista *índice* entre los años 1929 y 1931.

Es posible notar una continuidad en la reiteración de algunos de los tópicos característicos del ensayo de Pedreira, que son reelaborados en los discursos de Géigel Polanco. Por ejemplo, se retoma la imagen de la infantilización del país, que pasa a la adolescencia y llega resueltamente a la adultez, a la “virilidad”, gracias al empeño de los dirigentes del Partido Democrático Popular.²⁶ La metáfora fundamental de la enfermedades rescrita desde una óptica esperanzadora y optimista: se puede “curar” al país mediante la alianza populista, cuyo líder o padre figurado sea capaz de construir y sostener una conciencia nacional que enfrente al colonialismo. Si en *Insularismo* se insistía nostálgicamente en la ausencia de una figura rectora, esa imagen resulta útil, ya que la vacuidad puede resolverse mediante la figura de un dirigente populista. Arcadio Díaz Quiñones resume agudamente el imaginario utópico que despliega Géigel Polanco en su ensayo: “Era un tiempo adánico: *el despertar de un pueblo*. Con esa vieja metáfora, renovada por Vicente Géigel Polanco se proponía la inauguración de un tiempo más feliz. Aquella utopía inspiró “jalda arriba” grandes transformaciones materiales y sociales nada desdeñables para amplios sectores de la población puertorriqueña. El discurso histórico, literario y político alegorizaba así, hacia 1940, el advenimiento de un nuevo orden. Era la época en que las “muchedumbres felices” despertaban y salían de su “postración moral”, a la lucha contra el adversario: las corporaciones azucareras. Todo el proceso *se representaba* como el movimiento de un *pueblo* que se unía al unísono. La historia, interrumpida por el “tiempo muerto” se reanudaba en 1940 con el triunfo del Partido Popular Democrático”.²⁷ El letargo al que alude Géigel Polanco es la metáfora del colonialismo, y el “despertar” constituye la alegoría del comienzo de “otra” época. Para despertar al país de su

²² Jorge Rodríguez Beruff, “Antonio S. Pedreira, la Universidad y el proyecto populista”, citado en el riguroso libro de Juan Gelpí, *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, San Juan, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1993, pp. 48-49.

²³ Juan Gelpí, *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, Op. Cit., p. 49.

²⁴ Esta interpretación de los discursos políticos de Muñoz Marín la propone Arcadio Díaz Quiñones, en su artículo “Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica en la década del treinta”. *Sin Nombre*. 14.3. 1984, p. 23.

²⁵ Vicente Géigel Polanco. *El despertar de un pueblo*. San Juan, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1942. Todas las citas corresponden a esta edición.

²⁶ El crecimiento y la madurez son imágenes recurrentes a lo largo del libro. Puerto Rico se transforma de “una masa humana carente de articulación histórica” en “un pueblo de sorprendente virilidad”. Págs. 29 y 127 respectivamente.

²⁷ Arcadio Díaz Quiñones. “Recordando el futuro imaginario...”, Op. Cit., p. 6. Las cursivas son del autor. Cuando se refiere a los “tiempos muertos” retoma una analogía adoptada por los dirigentes populistas, que remite a los ciclos de la producción, aprovechando una imagen ya establecida en la red simbólica del mundo azucarero, pero trasladándole el sentido.

somnolencia es necesario reconstruir una conciencia nacional colectiva. Géigel Polanco despliega una genealogía patriótica, en la que figuran símbolos americanos como Simón Bolívar y héroes locales como Eugenio María de Hostos y Ramón Emeterio Betances. Interesado en privilegiar una figura política contemporánea, hacia la mitad del ensayo disminuye las referencias a los líderes decimonónicos y hace entrar en escena, y, por lo tanto, legitima en la genealogía trazada, el nombre de Luis Muñoz Marín, a quien, además, el autor dedica su texto, y con quien cierra el ensayo, al citarlo en las últimas páginas. Géigel, como Pedreira, subraya el interés en las instituciones educativas como formadoras de ciudadanos, y también coincide con este escritor al asumir una actitud purista ante el lenguaje, temiendo la contaminación lingüística como una amenaza a la nación. El “pueblo”, como en el ensayo de Pedreira y en otros textos coetáneos se representa, una vez más, en su condición de subordinación o inferioridad: “El *pueblo* es un personaje pasivo de la trama. Sin rostro y sin nombre, aguarda la práctica liberadora de los herederos de los patriotas. Aparece sin forma, como *muchedumbre* o *infantilizado* y *dormido*, en espera de dirección y enseñanza”.²⁸

Para Juan Gelpí, el lugar privilegiado que Géigel Polanco le otorga a Muñoz Marín en su ensayo expresa de manera explícita el carácter de “propaganda política” que adquiere *El despertar de un pueblo*. El Partido Popular Democrático, fundado en 1938, se cimentaba en dos frentes de acción: la lucha contra las corporaciones azucareras y la descolonización política de la isla. Desde 1940 hasta 1968 el PPD fue dirigido por un líder indiscutiblemente carismático, homenajeado en el ensayo de Géigel Polanco: Luis Muñoz Marín, quien gobernó con amplia legitimidad electoral en Puerto Rico. Después de la Segunda Guerra Mundial, y con el patrocinio de los Estados Unidos, el PPD inició un proceso proclamado como la “revolución pacífica” puertorriqueña, es decir, la industrialización modernizadora en el marco de la dependencia colonial con la metrópoli. El modelo de desarrollo modernizador, que había sido concebido en defensa de las clases populares, terminó favoreciendo la coalición entre los sectores dominantes puertorriqueños y los sectores hegemónicos metropolitanos. El objetivo de la “descolonización” finalmente se eclipsa ante la dominación norteamericana, ratificada en el estatuto del Estado Libre Asociado (ELA) de 1952, hecho que fue justificado y avalado por el PPD, a cambio del crecimiento industrial y de la considerable inversión de capital norteamericano. La política de desarrollo se basó en la exención contributiva y su apogeo se dio durante la década del cincuenta. El nuevo modelo económico postulaba un crecimiento basado en la expansión manufacturera, para atraer el capital privado norteamericano. Esta estrategia económica se conoció con el lema de la “Operación Manos a la Obra”. La fábrica y la urbanización, pronto pasaron a ser ejes de la nueva utopía colectiva; los automóviles, las autopistas, los rascacielos eran el símbolo del progreso y la modernidad. El gobierno puertorriqueño invirtió gran cantidad de su presupuesto en las instituciones educativas (sobre todo en el nivel secundario y universitario), en la formación de técnicos y profesionales necesarios para la modernización, en programas de salud pública y en viviendas económicas. Marcia Rivera sintetiza críticamente la situación: “Las aspiraciones de cambio rápido, articuladas en el movimiento muñocista que logró acceder al poder en los cuarenta, se apoyaron en un discurso que tenía como eje las coordenadas de la ‘cultura puertorriqueña’ y como aspiración la modernidad norteamericana”.²⁹ Esta contradicción entre un discurso político que justifica el colonialismo y por otra parte, la sustanciación de una praxis ideológica y cultural tendiente a reafirmar la identidad nacional puertorriqueña refuerza la tesis sostenida por Díaz Quiñones respecto a una definición “culturalista” de la nacionalidad, mediante la cual puede existir una convivencia entre la dominación norteamericana y una “cultura puertorriqueña” identificada con tradiciones propias.³⁰

²⁸ Arcadio Díaz Quiñones, “Recordando el futuro imaginario...”, *Op. Cit.*, p. 32.

²⁹ Marcia Rivera, “Ebullición del ser: los movimientos culturales puertorriqueños y la producción femenina en plástica, poesía y narrativa”, ponencia leída en las *Jornadas de Arte, Literatura y Medios. Masculino/Femenino: las marcas del género*. Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1992. El artículo es inédito. Reproduzco la cita gracias a la gentileza de su autora.

³⁰ “La definición ‘culturalista’ de la nación empezó a presentarse como absoluta y exclusiva, postergando otras posibles identidades y visiones políticas (...). El poder se hacía eco de las críticas a las consecuencias culturales de la ‘asociación permanente’, y hacía concesiones con bastante éxito en la zona cultural.” Arcadio Díaz Quiñones, *La memoria rota*, *Op. Cit.*, p. 65.

3. La crisis del modelo populista y su representación literaria en René Marqués

Casi al término de los años cincuenta, el proyecto populista comienza a mostrar los primeros signos de su crisis, que se manifiestan de manera clara en los años sesenta, al comprobarse que la economía de Puerto Rico prácticamente importaba todo lo que consumía, se constataban fuertes alzas en las tasas de desocupación y la política emigratoria no resolvía satisfactoriamente el problema del “exceso” de población. El carácter *dependiente* de la industrialización repercute en el sesgo *independentista* o nacionalista que adquiere la obra literaria de René Marqués, cuyos libros más significativos fueron producidos en la década del cincuenta. Siguiendo la tradición literaria de la ensayística como modelo discursivo apto para las interpretaciones histórico-sociales totalizadoras, Marqués escribe su ensayo más conocido: *El puertorriqueño dócil: Literatura y realidad psicológica*, texto con el cual ganó en 1960 el Premio de Ensayo del Ateneo Puertorriqueño. Legitimado socialmente por las instituciones literarias académicas, el texto de Marqués pone en escena la construcción hiperbólica de una imagen de escritor poderosa, en la que se proyecta una idea de la función social del escritor que desborda el ámbito discursivo literario y que convierte a la práctica de la escritura no solo en una estética sino también en una ética. Si en *Insularismo* es posible reconocer intertextos de autores tales como Ortega y Gasset, Unamuno, Oswald Spengler, en *El puertorriqueño dócil* es muy fuerte la impronta de Jean Paul Sartre y sus tesis del escritor comprometido, las ideas de Albert Camus respecto a la rebeldía del intelectual, como así también las interpretaciones psicologizantes que dan cuenta de los problemas sociales. Una cita del ensayo de Marqués resulta esclarecedora para revelar el lugar asignado por el autor a la figura del escritor en la sociedad particular de su presente: “...puede decirse que la literatura puertorriqueña durante las dos últimas décadas (‘40 y ‘50) —anterior y posterior al Estado Libre Asociado— ha sido fundamentalmente antiestadolibrista. Se comprende que así sea puesto que *el escritor —rebelde con causa—* jamás podrá conciliar, ni en Puerto Rico ni en sociedad alguna del mundo civilizado, su concepto ético de la libertad y la dignidad humana con la realidad antiética del colonialismo bajo cualquier nombre o circunstancia en que éste se produzca”.³¹

En el ensayo de Marqués el colonialismo ya no se expresa mediante una retórica de la enfermedad ni a través de un lenguaje figurado que identifica al país con un cuerpo, sino mediante una determinada “personalidad” (psíquica, espiritual) del pueblo puertorriqueño. El rasgo colectivo que identifica y responsabiliza como causa esencial del colonialismo reside en el concepto de “docilidad”, que según la definición que da el autor es “carecer de fuerza y aun de voluntad para oponer resistencia a lo que los demás exigen, insinúan o mandan; cierta como propensión a obedecer, a seguir el ejemplo, el consejo de otros, lo cual nace ya de la propia debilidad y flaqueza, ya de ignorancia, y de desconfianza de la propia inteligencia, conocimiento o fuerza. Ateniéndonos a la anterior definición, de ella se desprende que el hombre sumiso, manso o dócil es necesariamente un ser débil (‘carece de fuerza y aun de voluntad’) o ignorante (lo cual nace..., de ‘ignorancia’) o víctima de un patético complejo de inferioridad (‘desconfianza de la propia inteligencia, conocimiento o fuerza’).”³² El lugar de enunciación que asume Marqués no es muy diferente del asumido por Pedreira en *Insularismo*: prevalece el tono magisterial, diagnosticados ya no de un cuerpo enfermo sino de una personalidad” colectiva, que hace de la imagen del escritor construida en el texto una suerte de “psicólogo social”. Marqués no se distancia de ciertas construcciones imaginarias del pueblo puertorriqueño, presentes en tradiciones literarias anteriores aunque próximas al autor, como las de Pedreira, Emilio S. Belaval y Tomás Blanco, todos ellos ensayistas, como así también obras de ficción en su sentido estricto, como la producción novelística de Enrique Laguerre y la narrativa de Pedro Juan Soto. Estos autores conforman una determinada práctica discursiva caracterizada por ejes tan significativos como la hispanofilia, la defensa del castellano, el mundo rural y sus hombres, la idealización del mundo pasado y perdido por la invasión norteamericana. Se los conoció con el nombre de “jibaristas”, por haber hecho del jíbaro, campesino blanco, un

³¹ René Marqués, *El puertorriqueño dócil* (Literatura y realidad psicológica), en *Ensayos: 1953-1971*, Río Piedras, Editorial Antillana, p. 171. (El subrayado es mío). Todas las citas corresponden a esta edición.

³² René Marqués, *El puertorriqueño dócil*, Op. Cit., pp. 153-154.

emblema de la nacionalidad. Muchas de las ideas que impregnan estos textos se refieren, de manera pesimista, a la imposibilidad de enfrentar la avasallante cultura metropolitana. En general, en sus obras persiste una tendencia a analizar y explicar tendenciosamente el “conformismo colectivo”, en las características étnicas o psicológicas del “ser puertorriqueño”. Los personajes de ficción y las caracterizaciones del puertorriqueño en los ensayos coinciden en estigmatizarlo como “ñangotado”, “aplatanado”, “invertibrado” y, como observamos en Marqués, “dócil”. Hay una especie de determinismo geográfico, histórico, biológico, que impide a la comunidad luchar por su independencia: “Lo que en la década del veinte era APLATANADO (moralmente aplastado, sumiso) y ÑANGOTADO (espiritualmente en cuclillas) —ambos términos, invenciones lingüísticas del propio puertorriqueño cuando aun se permitía el lujo de ser franco consigo mismo, son ya reveladores de su psicología —se convirtió en 1930 en RESIGNADO y FATALISTA, para evolucionar con la hipocresía ladina hasta el PACIFICO y TOLERANTE, que hoy hemos puesto en boga.”³³ La referencia al presente, indicada explícitamente a través del adjetivo “pacífico”, es una clara alusión a la “revolución pacífica” puertorriqueña, propiciada por el líder del Partido Democrático Popular, y que, como explicamos en párrafos anteriores, acataba el nuevo colonialismo a cambio de la modernización. El tópico nacionalista de la defensa y legitimidad de la lengua española frente a la avasallante presencia del inglés no deja de estar ausente al el ensayo de Marqués, para quien el idioma resulta ser la expresión fundamental de la cultura misma, y en palabras del propio autor representa la “raíz y esencia misma del ser de un pueblo”. Según el escritor se puede concebir la imposición y aceptación social del inglés en Puerto Rico, como “una manifestación psicológica más de la DOCILIDAD PUERTORRIQUEÑA”.³⁴ Para Marqués desde las instituciones educativas es posible construir un sistema de instrucción pública anticolonialista, que promueva la conciencia política de la independencia de los Estados Unidos. La literatura, como práctica discursiva social específica, puede designar, a través de la ficción, la polémica, el ensayo, los puntos de conflicto presentes y proponer representaciones de la identidad puertorriqueña. De allí que el autor no solo postule una construcción de la imagen y función social del escritor que conjuga una ideología literaria y una ética de la escritura, sino que además, presenta el propio lugar de sus obras en la sociedad, como modelos o ejemplos de una “escritura comprometida”, al modo sartreano, en una moral del estilo. Frederic Jameson analiza cómo las figuras de escritor pueden ser concebidas como *ideologemas*, es decir, unidades discursivas complejas, a la vez ideológicas y formales, que construyen soluciones simbólicas a conflictos históricos concretos.³⁵ En el caso de Marqués, el conflicto es el colonialismo, que en la medida que no pueda ser combatido, redundando negativamente en el complejo de identidad del puertorriqueño, según intenta demostrar en su tesis del docilismo. Las soluciones simbólicas toman cuerpo en las prácticas discursivas de los escritores. “El *ser escritor y escribir literatura* se invisten de un sentido y de un valor específicos que diferencian a la práctica literaria de otras prácticas de escritura como la que pueden realizar, por ejemplo, filósofos, publicistas, historiadores, tratadistas y sociólogos”, afirma María Teresa Gramuglio.³⁶ En *El puertorriqueño dócil* René Marqués se vale de la literatura contemporánea de su país para analizar el conflicto “moral” del colonialismo, y a la vez, inscribe sus propios textos (cuentos, obras de teatro, prólogos, ensayos), funcionalmente ligados a lo literario pero regidos por otras lógicas (luchas culturales, vinculación con sectores sociales “dominados” y “dominantes”, con los mecanismos de reconocimiento social), como modelos de una “moral de la forma”. Desde esta perspectiva, Arcadio Díaz Quiñones señala la característica sobresaliente de casi todas las piezas dramáticas de Marqués, compuestas como *catástrofes ejemplarizantes*, con finales apoteósicos, rotundos, *purificadores*. Para este crítico literario René Marqués defendió desde su obra una utopía conservadora: el viejo mundo hacendado en la nueva ciudad dominada por los valores de la etapa industrial: “En la ciudad —y aprovechando las instituciones y posibilidades que ella ofrecía— predicó su nacionalismo agresivo y nostálgico,

³³ René Marqués, *El puertorriqueño dócil*, Op. Cit., p. 156 (las mayúsculas son del autor).

³⁴ René Marqués. *El puertorriqueño dócil*, Op. Cit., pp. 187-188 (las mayúsculas son del autor).

³⁵ Frederic Jameson, *The Political Unconscious*, Cornell University Press. 1981. págs. 87-88.

³⁶ María Teresa Gramuglio. “La construcción de la imagen”, en *La escritura argentina*, volumen colectivo. Universidad Nacional del Litoral, Ediciones de La Cortada, 1992, p. 41.

denunció el envilecimiento del ‘materialismo’ moderno, propuso purificaciones y heroísmos, combatió con ánimo apostólico a los ideólogos de la sociedad industrial dependiente. El 98 había sido para él, una tragedia, un cataclismo; la máquina, la industrialización, los tecnócratas eran los peores enemigos. La patriarcal grandeza de la sociedad precapitalista era el paraíso perdido”.³⁷ Podemos extender la conclusión que traza Díaz Quiñones respecto de Marqués a los escritores que en las décadas del treinta, cuarenta y cincuenta formaron parte y construyeron el campo intelectual puertorriqueño.

4. Las ilusiones perdidas o los desafíos al orden patriarcal. Literatura, rupturas y redefiniciones de la identidad nacional

La década del sesenta marca en Puerto Rico un momento de quiebra del consenso social, de ruptura de moldes tradicionales y de nacimientos de nuevos movimientos culturales que instauran la necesidad de replantear críticamente la pregunta acerca de la identidad nacional. El “milagro” de la industrialización en el marco de la dependencia colonial de Estados Unidos no podía ocultar sus contradicciones. El gobierno tuvo que garantizar la exención contributiva y la mano de obra barata. Al mismo tiempo fomentó la emigración puertorriqueña a los Estados Unidos y toleró la expansión militar y naval en la isla. Una vez que la exención impositiva caducaba los capitales norteamericanos volvían, acrecentados, al continente, por lo que en pocos años se redujo dramáticamente la inversión industrial, y a pesar de la emigración masiva, aumentó la tasa de desempleo, la dependencia con el programa federal de subsidios para la alimentación y la marginación social. El consenso que el Partido Popular Democrático había logrado para impulsar el proyecto modernizador, comenzó a mostrar sus fisuras a mediados de los sesenta y amplios sectores sociales —movimientos estudiantiles, sindicales, de mujeres, de vecindarios—, empezaron a mostrar su disconformidad. Así en 1968 por primera vez en veintiocho años el PPD perdió las elecciones, frente al partido que propulsaba la incorporación de Puerto Rico como un Estado federado de la Unión norteamericana:

En esos años también, una Verdadera ebullición en la producción de artes plásticas, música y literatura sirvió de eje a debates sobre nuevas formas de relación política con la sociedad. Sé produjo un discurso de reivindicaciones, de rechazos fogosos y de afirmaciones que conectaba con una nueva y vigorosa historiografía. Junto a las líneas del nacionalismo tradicional se fue desarrollando otro nacionalismo, un nuevo modo de sentir la pertenencia a la nación. Distintos grupos en las décadas del sesenta y del setenta se propusieron abrir nuevos canales de expresión, rompiendo con las nociones oficiales de la cultura, ampliando las posibilidades de la creación colectiva y recuperando importantes elementos de la cultura popular. La *ciudad letrada* se ensanchó y se transformó, alterando las jerarquías establecidas y reformulando el canon y la tradición. Los discursos literarios e ideológicos de las décadas anteriores representaban una construcción verbal interpretativa que aseguraba la coherencia y la integración. Relataban la historia del país de modo monolítico, excluyente, simplificador, creando un código de imágenes identitarias sostenido por el consentimiento de amplios sectores. Pero aquel modelo fue esclerosado por las propias transformaciones sociales, por la crisis del proyecto modernizador, por las consecuencias de la emigración y por una compleja red de procesos que tenían como telón de fondo la Revolución Cubana y la guerra de Vietnam. Hacia 1962 había pequeños grupos en la Universidad de Puerto Rico que reorganizaron los movimientos estudiantiles, reprimidos en las etapas anteriores. Los estudiantes de la Facultad de Humanidades publicaron la *Revista Guajana*, en la que se concentraron independentistas, y realizaron ja difusión de los nuevos escritores, o de aquellos que habían sido marginados del canon paternalista, como la poeta Julia de Burgos, replanteando críticamente la función de la poesía en la sociedad. El semanario *Claridad* fue el órgano de la Federación de Estudiantes Pro-Independencia y en la revista *La escalera* (1966-1973), realizada por profesores universitarios, se publicaron los primeros ensayos renovadores de la historiografía

³⁷ Arcadio Díaz Quiñones, “Los desastres de la guerra: para leer a René Marqués”, en *El almuerzo en la hierba*, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1982, pp. 166-167.

puertorriqueña.³⁸ Todos ellos aportaron la impugnación crítica a la “autoridad” discursiva anterior; la desmitificación de la historia y de la sociedad puertorriqueña fue el eje de la producción intelectual, a la vez que propusieron la formulación de nuevos emblemas, y maneras de narrar el pasado. A esta publicaciones se sumaron las revistas literarias como *Zona de carga y descarga*, editada por Rosario Ferré y Olga Nolla, la revista de poesía *Ventana* y la renovada revista *Sin Nombre* (1970-1985), dirigida por Nilita Vientos, que propició la realización de certámenes literarios, de ensayo histórico y de plástica, otorgándoles así un lugar institucionalizado a las nuevas producciones y artistas.

*La guaracha del Macho Camocho*³⁹ (1976) de Luis Rafael Sánchez es el texto más significativo en el contexto de la nueva producción literaria, ya que privilegia la ruptura expresiva y a la vez busca la complicidad de un público lector renovado. La novela pone en escena una recíproca fecundación entre las letras impresas y la riqueza de la música popular caribeña, como zona de resistencia y afirmación de identidad nacional. El narrador se apropia, mediante una representación ficcional de lo oral, de diferentes voces “callejeras”, recuperando en el discurso literario el habla popular. Continuamente apela al humor y a la parodia de la cultura letrada. No hay en *La guaracha* una metáfora masculina fundadora sino deformaciones del habla masculina. Los personajes genéricamente marcados como “hombres” son balbucientes, tartamudos, todo lo contrario a la búsqueda de figuras rectoras y ejemplares que caracteriza a *Insularismo* en su nostalgia del prócer o el padre perdido. A pesar de la marcada y consciente ruptura, en su novela Sánchez traslada y deforma gran parte de la retórica de los treintistas pero mantiene la voz magisterial, ciertos matices aleccionadores del narrador. Por momentos es posible leer una concepción totalizadora de la literatura, un deseo de representar la sociedad puertorriqueña de manera global. A ese afán se refiere Ana Lydia Vega⁴⁰ cuando señala que los narradores puertorriqueños se han esforzado por dar con metáforas definitivas o totalizadoras que vendrían a reproducir la situación colonial del país. Esto se percibe en la adopción que hace Sánchez de la metáfora de la enfermedad, residuo de la retórica insularista. La figura de El Nene, un niño de tres años, hidrocefalo, retardado y mudo, guarda estrechas semejanzas con las metáforas de infantilización, docilidad y enfermedad que despliega Pedreira. Si para este autor el colonialismo es una de las “taras” fundamentales de Puerto Rico, la hidrocefalia de El Nene se puede ver como una caricatura de esa “enfermedad nacional”. Para una parte de los escritores puertorriqueños (José Luis González, Edgardo Rodríguez Juliá, Manuel Ramos Otero), la dialéctica ruptura o continuidad de las pautas sentadas por el clásico del nacionalismo cultural sólo puede resolverse en el mantenimiento de una constante tensión, donde el replanteo acerca de la identidad es casi una obligación que acompaña el proceso de escritura.⁴¹

La renovación en el terreno de la ensayística la observamos en los textos de José Luis González, sobre todo en *El país de cuatro pisos*, donde a través de la creación de metáforas plurales, opone la heterogeneidad y multirracialidad de la sociedad puertorriqueña a los modelos reduccionistas anteriores. Este ensayo, publicado en 1980, trazó el marco ideológico y cultural donde se ensayaron las propuestas de las nuevas generaciones en Puerto Rico. Desde una abierta perspectiva marxista y afrocaribeña, el ensayo de González abrió una polémica puerta hacia nuevos debates sobre la cultura y nación puertorriqueña.

En el proceso de ruptura y cambio del canon tradicional a partir de los años setenta y ochenta resultó fundamental el aporte sistemático e ininterrumpido de la producción literaria femenina. Autoras como Magalí García Ramis, Carmen Lugo Filippi, Olga Nolla, Rosario Ferré,

³⁸ Algunos ejemplos de la renovación historiográfica fueron los trabajos de Ángel Quintero Rivera, Fernando Picó, Marcia Rivera, Arcadio Díaz Quiñones, quienes en los setenta fundaron el *Centro de Estudios de la Realidad Puertorriqueña (CEREP)*, cuyo proyecto aspiraba a una drástica revisión y problematización de los paradigmas históricos, literarios y culturales dominantes.

³⁹ Luis Rafael Sánchez, *La Guaracha del Macho Camocho*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1976.

⁴⁰ Ana Lydia Vega, “Sálvese quien pueda. La censura tiene auto”, *Op. Cit.*, p. 21

⁴¹ Así lo expresa Edgardo Rodríguez Juliá: “El problema de la identidad puertorriqueña, tan estudiado en el ensayo de la generación del treinta, se ha convertido para nosotros: en una especie de obsesión historicista, de esclarecimiento de nuestro problema social y colonial a través de la memoria histórica”. Reportaje publicado en el periódico *El Nacional*, Caracas, 22 de julio de 1990.

Ana Lydia Vega, exploran desde sus textos la diversidad lingüística, racial, social y cultural de Puerto Rico. Apelan a las distintas texturas del habla puertorriqueña, a sus modos dialectales, a sus jergas marginales, fragmentando el ideal de la “pureza lingüística de las pasadas generaciones. Muchas de sus obras se inscriben en un proceso de recuperación y replanteo de la memoria histórica. Problematizan los conceptos de identidad y nacionalismo cultural, y desde la categoría de género plantean la cuestión de la “otredad” como un marco que permite deconstruir y redefinir los discursos de la nacionalidad con nuevas inclusiones y exclusiones.

Manuel Ramos Otero escribe desde el exilio y la vida en la gran ciudad, pero también desde el margen de un narrador que se presenta como homosexual; Rosario Ferré apunta a trasponer y dislocar sistemáticamente la metáfora totalizadora de la casa, otorgándole voz a el “Puerto”, que “nos define, nos constituye en un país de caracoles viajeros, de peregrinos que vamos por el mundo con nuestra casa a cuestas”.⁴² En Ana Lydia Vega opera una dislocación continua de la lengua, rompe con la pureza lingüística que es, para el canon paternalista anterior, un espacio común, una especie de casa de la nacionalidad. Edgardo Rodríguez Juliá revisa en sus novelas la historia de la dependencia colonial de Puerto Rico, a través de relaciones interdiscursivas entre la historia y la ficción. Si el discurso nacionalista y paternalista entre los años treinta y sesenta tiende a la totalización, intentando contrarrestar todo tipo de dispersión, dislocación o desintegración, la nueva producción literaria puertorriqueña⁴³ escribe precisamente a partir de la fragmentación y la enraciación, ampliando la posibilidad de pensar la nación sin caer en nuevas exclusiones, intentando replantear críticamente tradiciones discursivas y culturales.

⁴² Rosario Ferré, “Memorias de *Maldito amor*”, en *Maldito amor*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

⁴³ Dar cuenta del proceso de renovación de las relaciones entre literatura y nación en Puerto Rico a partir de la década del setenta excede el objetivo y el marco temporal acotado para el presente artículo. Remitimos al excelente libro de Juan Gelpí *Literatura y paternalismo en Puerto Rico*, anteriormente citado.